

EL RAMILLETE.

REVISTA QUINCENAL

DE

CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

SECCION CIENTÍFICA.

DISCURSO

PRONUNCIADO

por el Catedrático de la Facultad de Farmacia de esta Universidad,

DR. D. JUAN TEXIDOR Y COS,

con motivo de la solemne apertura del curso académico de 1875 á 1876.

(Continuacion.)

Seria tanta preocupacion creer en un movimiento siempre constante en la vía del progreso científico, como lo es representar la marcha de la humanidad por el suplicio de Sísifo; sí, consideramos tan errado el huir de un prudente intermedio para afiliarse en la escuela de Saint-Simon, que admitiendo la ilimitada perfeccion en el género humano sueña con una futura edad de oro, como en la de Vico, para quien la humanidad recorre la circunferencia de un círculo y despues de algunos pasos vuelve al punto de donde partió. Este humilla y desanima al hombre, que seria desgraciado si se abandonase al destino, y aquel lo ensoberbece y le haria perder la felicidad si confiara demasiado en la marcha constante y progresiva. No existen el movimiento continuo ni el perenne acelerado en la ciencia ni en mecánica; necesitan ambos el trabajo y el estudio para fuerza motriz.

Mas para que la educacion sea completa, es necesario recordar que consta el hombre de materia y espíritu con facultades que se relacionan unas con otras, y cuyas fuerzas conviene que se desarrollen juntas; que se convenza el individuo de cuáles son sus deberes para con Dios, para consigo mismo y para con la sociedad, ó sea señalarle los medios á fin de buscar el incremento físico y robustez, facilitarle recursos para que

con la mayor soltura posible adelante progresando en las artes, industria y agricultura, que acrecientan las riquezas en cada país, y, procurando destruir en su corazon el germen de las malas pasiones, eleve á Dios sus deseos para que obedezca las saludables máximas de la más sana religion. Pero ha de ser de manera que armónicamente se desarrollen por el cultivo la educacion física, la intelectual y la moral, pues tan temerario seria pretender formar un pueblo de guerreros desarrollando no mas que las formas exteriores con la fuerza de los hombres, como á imitacion de Platon intentar utópicamente una república de filósofos, ó como en algunos pueblos orientales atribuir á causas sobrenaturales hasta la más sencilla manifestacion de los fenómenos físicos, lo cual puede ser tan perjudicial como combatir en absoluto los afectos del corazon humano á fin de evitar que se conviertan en pasiones. Y no es difícil armonizar las facultades del alma con el estímulo de los órganos que por instinto ya expresan las sensaciones del cuerpo, pues basta prestar atencion al conjunto y obedecer sus preceptos, cuando por la educacion vemos que nos conducen á un buen fin; y nótese que mientras la madre procura educar el corazon de su jóven vástago y el maestro fecunda su inteligencia con las primeras nociones del saber, aquel se consagra con avidez á variados juegos que contribuyen eficazmente al desenvolvimiento de su organismo.

El objeto de la educacion física es encaminar y dirigir bien los órganos á fin de perfeccionar sus funciones, y tanto es el ejercicio para las fuerzas físicas del hombre, la gimnasia bien dirigida, como el metódico cultivo para la vegetacion; los excesos perjudican, la moderacion y el método robustecen, y el individuo vigorizado, cambia sus hábitos viciosos. Estaban los antiguos tan persuadidos de que la enseñanza era

imperfecta si procurando la salud no acrecentaba las fuerzas del cuerpo, que formaban parte de la educacion los ejercicios militares, la natacion, la equitacion y la caza, hasta el punto de tener los Atenienses por mal educado é ignorante al hombre que no sabia leer ni nadar; y así en los juegos olimpicos fué premiado cuatro veces Milon de Crotona, que corria llevando un buey sobre sus espaldas, por la sola contraccion de sus músculos y la hinchazon de sus venas rompía una cuerda que se le rodeaba á la frente, y los hombres mas robustos no podian arrancarle un objeto que solamente sujetaba con dos dedos; y ganó 1,400 coronas Theagene de Thase porque con su fuerza hercúlea sobrepujó á todos sus rivales en los ejercicios. Por experiencia ha conocido la Inglaterra la notable mejora en la salud de los hombres de todas las clases bajo el influjo de los ejercicios militares, cuando ha hecho de todos sus habitantes un pueblo apto para servir en las milicias, y los estudiosos jóvenes que frecuentan los liceos de Francia, con el vigor que dan á sus órganos, proporcionan el mejor ejemplo del influjo de la enseñanza fisica, que un cuerpo ágil, fuerte y sufrido, es ya un baluarte para las empresas y una fortaleza que se opone á ciertas pasiones que, asaltando á la juventud incauta, engendran en ella vicios que arruinan su salud y disipan sus corazones.

La educacion fisica, favoreciendo las funciones de los aparatos y vigorizando el cuerpo, habilita para el trabajo; para el trabajo material que, segun Cabanis, es el conservador de la salud, el origen de todas las riquezas particulares y públicas, el principio de las buenas costumbres y el verdadero regulador de la naturaleza moral. Nos demuestra la historia que, á pesar de una vida frugal, los habitantes de ciertos países en algunas épocas ocupados en la agricultura y vida pastoril han vivido más de un siglo, y en ellos han terminado más pronto su existencia las generaciones que han sustituido el trabajo y rústica sencillez con el ocio, el lujo y la lujuria, que así es como los descendientes de los Godos, de los Francos y de los Vándalos no han heredado el temperamento robusto de sus padres, y han contraído las agudas y crónicas enfermedades que desde el siglo XVII han devastado la Europa.

Ya nuestra patria empieza á procurar que los niños y adolescentes conozcan los consejos higiénicos relativos al uso prudente de los alimentos y bebidas, del ejercicio y aseo, pero falta

propagar los gimnasios para embellecer las formas, desarrollar las fuerzas, acrecentar la actividad y aumentar el vigor, y hasta tenemos por una preocupacion admitir que la educacion fisica sola constituiria al hombre salvaje, siendo ella la llave de salud y longevidad, que si bien el simple atleta es perezoso y con escasa vivacidad cerebral, tambien Peron, que ha recorrido diversos pueblos con el dinamómetro, ha comparado en ellos la fuerza de sus habitantes y fijando el grado 70 para el español, 68 para el francés é inglés y 62 para el nuevo-holandés, solo marca 60 el habitante de Diemen, que ocupa el grado inferior de la civilizacion, lo cual se opone á la creencia general de que los pueblos más robustos son los más salvajes.

El objeto principal de la gimnasia lo compendia un higienista al afirmar que, haciendo comprender cuánto vale la fuerza, la desarrolla con la gracia y la belleza de las formas, endurece el cuerpo contra la intemperie y la fatiga, mientras aumenta la agilidad, el vigor y suavidad de cada uno de sus miembros; proporciona ciudadanos valientes, fuertes y sufridos á la patria; entrega padres robustos y con envidiable salud á las familias, y podemos añadir que, siendo los órganos del cuerpo los resortes que reciben y comunican al espíritu las impresiones, cuanto más perfectos sean ellos, mayor será la exactitud del desempeño y desplegará mejor el alma su actividad para deliberar sobre todos los objetos materiales y meditar sobre todas las maravillas del universo.

¡Madres! educad á vuestros hijos, ha escrito el erudito Monlau, encargándoos formar el espíritu de su corazon con la enseñanza moral; educad á vuestros hijos por vosotras mismas y por el mayor tiempo posible; recordad que María crió y educó por sí misma á Jesús, y como tipo sublime de las madres, holló la cabeza de la serpiente, lo cual vale tanto como decir, con la expresion mas enérgica posible, que la buena madre es la única capaz de ahogar el génio y la semilla del mal. Y tal vez aun entonces el autor no habria visto ninguna de esas épocas en que los principios nacidos por el humo de las revoluciones pretendiesen convertir en atea á la juventud, y estando elevados á la categoria de patronos de la enseñanza primaria muchas autoridades elegidas tras las bacánicas fiestas con que aquellas son celebradas, se conviertan en dignos y

aplaudidos productos de la orgía los que cierran escuelas de niños, tiranizan á los que les educan, enseñan sembradas de flores con ocultas espinas las doctrinas mas perniciosas al cuerpo complejo llamado sociedad, y destruyendo los lazos de familia entre el docente y escolar para quitar la disciplina, engendran la anarquía en ellos y dejan abandonados á los individuos que, perfeccionando sus cualidades con la educacion, deberían trasmitirlas á las familias mejorando las condiciones de todo un pueblo. Lástima que no se presente entonces como ejemplo la tea de la independencia religiosa que, encendida por Lutero, aplicó Rousseau á la politica, y reunidas ambas por Voltaire surtieron su efecto en un país vecino con la restauracion del paganismo el año 93; y ateo el Estado, y perseguida la Iglesia, y proscrito todo culto, se aniquiló el hombre siendo victima de su impiedad, hasta que guiado Napoleon por los sentimientos de su esposa restauró las creencias y restableció la calma.

Un individuo que no reciba ó en quien se perverta y extinga la educacion moral; el que para negar el sublime dogma de Jesucristo, que desprovisto de riquezas, de armas, de ejércitos, de pluma y de cetro, extendió sus conquistas dejándonos como patrimonio riquísimos tesoros al inculcarnos como saludables máximas la sola igualdad ante Dios, la fraternidad universal y la caridad ardiente; un individuo que para despues de la vida no teme un castigo por sus crímenes, ni espera una recompensa por las virtudes, no se consolará ni tomará aliento cuando le abrumen el peso del infortunio, y por su soberbia será, en su desesperacion, el sér mas desgraciado de los desgraciados séres; que no está unida ó no es siempre aliada la desgracia con la moral, mas esta nos consuela, cual por la esperanza sonríe la madre entre los dolores y sufrimientos del parto, y besa luego con fruicion al hijo que se los ha causado. «La mujer no nació para filosofar, ha dicho Santa Teresa, sino para amar; pero con amor casto y conservador, que es el amor del hombre teniendo á Dios por objeto, y no el de la filosofia, que es el amor del hombre á la materia;» y en efecto, la filosofia tiene su asiento en la cabeza, la religion lo toma en el corazon, y si entre las tinieblas ó faltando la buena educacion moral, por gusto la antigüedad sacrificó á los hombres, por miseria ó comodidad matan los padres á sus hijos, y el cruel Calígula, que para sus caballos tenia cuadras de mármol, pe-

sebres de marfil y ronzales de perlas, cerró sus graneros solo por el bárbaro placer de ver cómo fallecian de hambre los súbditos; siguiendo preceptos morales, ya los desconocidos se protegen como hermanos, y la Iglesia santifica á Martin, que nos lo representa partiendo su capa con la espada para proporcionar abrigo al viejo desnudo.

Mientras el hombre en su infancia busca armas y transforma un palo en caballo, revelando cierto instinto de fuerza y egoísmo, la mujer á la misma edad deja entrever la inclinacion á los trabajos domésticos y á las muñecas, dando con esto una prueba de que por constitucion y carácter moral está destinada á ser el primer maestro del corazon humano. Ella, que expansiva por naturaleza, se inclina á todas las exigencias de la vida; ella, que ya luce sus galas en los salones ó medita en el interior de las familias para hermanar las necesidades y los placeres con los recursos; y si estudiamos con mucho sigilo á la modesta aldeana, que al cruzarse con la nuestra su mirada baja los ojos cubierta de cándido rubor, y nos acercamos á oír las relaciones de la jóven del gran mundo, que ya creará satisfacerse contándonos su historia, siempre veremos á la mujer con su exquisita sensibilidad propensa á toda clase de impresiones, que acoge fácilmente los sentimientos, y pasando su corazon rápidamente por unas y otros desde las emociones tiernas á los violentos afectos, nos convenceremos de que lástima en vez de repudio ignominioso debiera solo inspirar la sencilla, inexperta y, por ignorante, vencida con los halagos del arrullo que ocultan un volcan de pasiones, cual las tranquilas aguas del hermoso mar cubren los mónstruos que arrojan á la cima las destructoras tempestades. Así la vemos que, sometiéndose á todos los yugos, ya es en África la desgraciada esclava del salvaje, sierva odalisca de los sultanes de Asia, tímida y supersticiosa con el amor en la India, donde penetra en la hoguera para ser quemada viva con el cadáver de su marido, intrépida y arrogante amazona en el Occidente, ó aristócrata delicada, dispuesta como el idolo á recibir tal vez mentido incienso de un pueblo europeo galante, y robusta campesina que desafía los ardores del clima para compartir con su familia los rudos trabajos agrícolas; pero que cautiva en todas partes si la dulzura es su poder.

Siendo el amor la pasion dominante del bello sexo, en la mujer nace ya naturalmente la educacion que la conduce á instruir la familia, ocu-

pacion que para un hombre seria mucho mas difícil; no la separemos, pues, de su camino si lo recorre sin desviarse, y procúrese cultivar con la inspiracion su inteligencia para mejor educar el sencillo corazon de la que instintivamente, cariñosa y tierna, corre á mecer con suavidad la cuna en que descansa el débil niño, le arrulla con melancólicos cantares, pide á Dios que le auxilie y bendiga, y su semblante amoroso, y dulce sonrisa, y repetidos besos, y significativos epítetos, indicio son de que otro dia exclamará ¡hijo de mis entrañas! si turba su imaginacion alguna idea triste por un adverso presagio de perder el fruto de su casto amor.

Despues de la mujer madre se halla el teólogo, que nos comunica con Dios, enseñándonos á respetarle, á someterle nuestra voluntad, á amarle, mientras el misionero penetra en las selvas habitadas por salvajes sin mas armas que un crucifijo y su fé ardiente, para con exposicion de su vida civilizar unos habitantes que quizás le acechan para prendérle, martirizarle, asesinarle y devorar sus carnes, siendo ya oportuno recordar los esfuerzos hechos por la Iglesia en los primeros siglos para la conservacion de los conocimientos comprendidos en el *trivium* y *quadrivium*, fundando diferentes centros de instruccion, transformados mas tarde en Universidades, explicando los prelados al pueblo las Sagradas Escrituras para inspirarle las máximas de la moral evangélica y mantener ilesta la verdadera inteligencia del dogma entre los errores é impugnaciones de los herejes y gentiles.

La educacion moral enaltece el alma, impone saludables trabas á la soberbia de nuestro espíritu, y haciéndonos conocer lo malo y lo bueno de nuestros deseos, sujeta las pasiones circunscribiéndolas á las leyes que dicta la razon; reduce á justos limites la autoridad paterna, y á la vez que á los padres les impone la obligacion de educar á sus hijos, exige de estos una exacta correspondencia, resultando de tal reciprocidad de funciones miembros útiles del cuerpo social.

Cuando descansando de las horribles fatigas de la guerra empezaron los hombres á meditar, siglos hace, sobre su triste estado, comprendieron su ignorancia con las ventajas de estudiar y difundir la ilustracion, y acudieron á beberla en los manantiales ocultos do esta brotaba. D. Alfonso VIII de Castilla es quien, despues de la reconquista, tomó la iniciativa de favorecer en

España el cultivo de las ciencias, y reconociendo ser la enseñanza una de las columnas que mantienen los reinos, estableció, entre los años 1212 y 1214 (1), el Estudio general ó Universidad en Palencia, de quien fué digno émulo su primo Alfonso IX de Leon, que concedió varios privilegios para los profesores y para los estudiantes de la de Salamanca, por él fundada, que siendo la mas célebre de las Universidades célebres y uno de los cuatro Estudios generales del orbe, resultó equiparada con los de París, Oxford y Bolonia. Recibió aun la enseñanza proteccion mas decidida y particular de D. Alfonso X, el rey mas Sabio de los reyes sabios, que tambien de sus enemigos mas ilustrados habia aprendido lo que sabia, y rodeándose, á la vez que de los cristianos, de los árabes y judíos mas célebres, á quienes acababa de vencer (2), consiguió plantar y vigorizar en su reino el rico árbol de las ciencias; y en 4 de Agosto de 1267 concedió á los estudiantes «que no paguen portazgo ni pecho alguno por los mantenimientos que trajesen para sí mismos ni en Salamanca ni en otra parte alguna.» Mirada fué despues dicha Universidad con predileccion y colmada de mercedes por otros reyes y por cuantos papas ocupaban la silla de San Pedro, proporcionando á varias naciones hombres eminentes en todos los ramos del saber, y «contribuyó con su ilustracion al gran suceso que dió á España un nuevo mundo, prestando su decidido apoyo á Colon en su gigantesca empresa, despues de haber sido tratado como loco ú oido con indiferencia en Génova, Portugal y Lóndres.... que sin la aprobacion de los filósofos y cosmógrafos de Salamanca á la idea de Colon..... no se hubiera llevado á cabo la expedicion mas gloriosa que el mundo ha presenciado (3).»

Fué muy floreciente y próspera la península ibérica mientras creando Universidades en varias poblaciones fomentó la enseñanza esforzándose para llevar y arraigar la instruccion á todas partes donde penetraban victoriosas las armas españolas, que llegaron á los mas remotos confines del mundo, por lo cual nunca se ponía el

(1) París no vió terminada su Universidad hasta el año 1220.

(2) Resaltan estos hechos con la preocupacion de los Jimenez, que despues de la conquista de Granada entregó á las llamas la biblioteca de la Universidad mayor del mundo establecida por los árabes en Córdoba, y que contenia 250,000 volúmenes.

(3) Vidal y Díaz.—Memoria histórica de la Universidad de Salamanca, 1839, pág. 55.

sol en los dominios de España, y muchas córtés, como las de Baviera, Austria, Bélgica, Nápoles y Francia, hacían alarde de hablar el español, cuyo glorioso período principalmente se marca desde los Reyes Católicos hasta el segundo vástago de la dinastía austriaca. En los tiempos anteriores de ignorancia, el ibero tuvo que sepultarse y trabajar en las minas para los Fenicios, que usaban áncoras de plata extraída de nuestro territorio, y erigia monumentos eternos al monarca romano, que le tenía sujeto á su yugo, hasta que pensando Catón aprovechar más cómodamente las riquezas de nuestro suelo, escribió en planchas de bronce ciertas condiciones ó tributos en forma de arrendamiento para que los particulares beneficiasen los productos de la tierra. Zarpaban entonces de Coimbra, Cádiz, Sevilla, Málaga, Cartagena, Tarragona, Mahón, Barcelona, Ampurias y Rosas las escuadras que llevaban á Italia cuanto la agricultura y la industria ibérica producían: y las arenas auríferas del Tajo y Miño, con el oro que descubrían las tempestades ó junto con pedernales levantaban los labradores de Galicia; la plata de Carthago nova (Cartagena) y con plomo de Hællanes (Linares), el azogue de la región Sisaponense ó Sisapo (Almadén) ó el cinabrio con que las damas romanas exaltaban el color de su rostro; el plomo de Seidobriga y Ovetum (Oviedo); bronce y cobre de los Montes Marianos (Sierra Morena) y en particular el cobre de Urium ó Rio Tinto; el estaño de Gallecia y Lusitania (Galicia y Portugal); el hierro de Vizcaya con el fundido en Galicia para las armas de Annibal y templado en Bilbilis (Calatayud) y Tarraco (Tarragona); las turquesas de Ocelloduri (Zamora), los carbunclos de Olisipo (Lisboa), las amatistas de Ausa (Vich), los granates y ágatas del Cabo de Charidemum (Gata), los ladrillos de Callentum (Cala), caballos de Thyde (Tuy), palmas y dátiles de Illici (Elche); finisimos lienzos de Cataluña y Valencia; vinos de Tarragona y Liria; trigos de la provincia cartaginense; carnes de la Lusitania, y aceites de la hermosa Bética, eran la riqueza y el atractivo de los mercados de Roma, y hacían floreciente aquel Estado. Es que donde, movido por el influjo de las ciencias, hace el hombre prosperar las artes é industria, se funda el comercio, con cuyo tráfico salieron de la nada y florecieron Sidon, Nínive, Babilonia, Cartago, Ampurias, Génova y Venecia, como prospera Holanda por el comercio con las Indias, Francia por París, Inglaterra por las manufacturas de Londres, cuyos reyes

animan á sus vasallos para que atraviesen los hielos de los polos, y traen metales preciosos del Perú y Méjico, marfil de África, ballenas de la Laponia, etc.; y también España ejercía no escaso peso en la balanza del comercio general desde el tiempo de los Reyes Católicos á Felipe II, que con invencibles tropas y formidables armadas reinaba sobre inmensas tierras. Las riquezas, no la necesidad, dan valor y fuerza á los ciudadanos; y así mientras nadaba Roma en la opulencia en los tiempos de los Silas, Lúculos y Césares, fué cuando más pruebas dieron los romanos de su valor, demostrando que la buena dirección de la enseñanza es el manantial más fecundo de la prosperidad de un pueblo; que si en las capas geológicas llegan á extinguirse las más ricas minas, el estudio, que civiliza y robustece á los individuos, que hace prosperar la agricultura y destruye los obstáculos que se oponen á la perfección de la industria, forma la mina más lucrativa é inagotable de un imperio.

Á no haber sido el estudio, no veríamos el alambre que transporta de nación á nación nuestros pensamientos con asombrosa velocidad; ni la locomotora que arrastra todo un pueblo; ni el buque volando sobre las movedizas aguas para cambiar de país los objetos comerciales; ni el espeso humo que de un campamento erizado de chimeneas se desprende nos recordaría que por el vapor se elaboran con esmero y rapidez los objetos que la necesidad y el capricho exigen. Un estudio más perfecto nos hace ver y deducir que si todos los hombres nacen iguales, ni la belleza, ni las formas, ni la astucia, es igual en todos, y entonces desaparece la barbarie cediendo el campo á la dulzura, á la compasión y á la amistad; cesan las rivalidades de la poligamia y el bárbaro negocio ó el espectáculo de la exposición de los hijos; nace el respeto espontáneo á la propiedad; la virginidad y la pobreza evangélica ocupan un trono que avasalla la prostitución y la avaricia; fúndanse asilos de misericordia para la indigencia; se observan por amor las leyes, enlazando los deberes sociales con los religiosos, y suceden á la inmoralidad las verdades del Evangelio, al egoísmo la filantropía, la verdadera religión al ateísmo y la superstición, ó, en una palabra, el orden para todo al desorden en todo.

Quando la fuerza es la que dicta leyes, cifrándose solo en ella la gloria y la felicidad de las naciones, duermen las ciencias si en su letargo no perecen ahogadas por la sangre que se der-

rama mientras se amontonan ruinas. Luego que la inteligencia se desenvuelve, sobre la confusion de los mismos escombros hacinados por la ignorancia se levantan los focos de la luz mas fecunda, que «las fuentes de la prosperidad social son muchas; pero todas nacen de un mismo origen, y es la instruccion pública: ella es la que las descubrió, y á ella todas están subordinadas» (Jovellanos). Germina entonces y se generaliza esta en todas las clases y conforme á las necesidades y ocupaciones de cada una, pues no basta la existencia en un país de diez ó mil individuos sabios y eruditos que hagan alarde de su saber entre millares de ignorantes, sino que se proporcione á cada individuo, atendiendo á la actividad de sus facultades reflexivas, procurando dejar bien cimentada la instruccion secundaria en la elemental y en aquella la superior, pues sin este cuidado no se elevaria un edificio sólido sobre movediza arena; y siendo robustos los cimientos, y no faltando los materiales, y si son laboriosos los arquitectos, se hace preciso dividir los trabajos á medida que son mas primorosos.

Así que vió el hombre brillar los astros en el zénit y sintió á su alrededor las maravillas de la naturaleza, quiso ver y observar, y meditando sobre los hechos resultaron sacerdotes filósofos en Egipto, magos en Persia y gimnosofistas en Etiopia. El hombre ya mira cuanto le rodea, y pretende darse una explicacion de todos los fenómenos; suma ó calcula y graba sobre las columnas de los templos sus ideas representadas mediante geroglíficos, y en ellos vemos descritos los mundos, explicados los fenómenos de la creacion, representadas las propiedades de los cuerpos, sentados los principios de la moral. Pronto se forman sectas que admiten y defienden ideas abstractas, y por la discusion cuida el sentido filosófico de advertir al pirrónico que el sér racional tiene sentimientos íntimos; al incrédulo que muchas veces son insuficientes nuestros sentidos; al muy crédulo que la voluntad sufre extravíos y es falaz nuestra imaginacion; al espiritualista y al materialista exagerados que viven íntimamente unidos y se suponen uno á otro el cuerpo y el espíritu; al escéptico que tan absurdo es exagerar como deprimir ó negar la autocracia de las facultades del alma; al idealista que el *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu* es muy exacto siempre que el conocimiento de los objetos materiales ha de resultar de su impresion; al empírico que sus observaciones mueren irremisiblemente si la ciencia no las vi-

vifica, y advierte á todos, haciendo notar al fatalista, que sobre el hombre, la sociedad y la naturaleza, existe un Sér que les ha impuesto leyes; y así procura encauzar la imaginacion si se desvía para desenvolverla, y apagando las pasiones que no dejan ver claro á su través lo evidente, predispone á la inteligencia, á fin de que conciba las vastas especulaciones de las ciencias, y ejercita la memoria para que conserve las concepciones de aquella.

Adelantando la civilizacion se han perfeccionado las leyes, pues teniendo la Jurisprudencia la conducta del hombre en sus relaciones con los hombres, ó la paz de los súbditos por norte, anima en la timidez al desvalido poniendo límites á la codicia del poderoso, y en el país donde mas florece, no hay que regalar dinero al carcelero y al verdugo para que se limiten á no castigar al sentenciado con mas penas que las impuestas por el juez que atendió las reclamaciones; los pobres no tienen que recordar el *lasciate ogni speranza voi che intrate* de Dante, pues no les faltan procuradores desde que fueron instituidos en el primer Concilio ecuménico de Nicea, convocado por el Papa San Silvestre y el emperador Constantino; tiende á la unidad de fueros conculcando privilegios odiosos por infundados, y enriqueciendo el jurisconsulto su imaginacion con las leyes que, religiosas ó políticas, imperativas ó prohibitivas, privadas y públicas, civiles y criminales, puestas en armonia con el derecho natural y la moral universal, consuelan y defienden á la sociedad y al individuo, procura esclarecer la verdad pura y defender la inocencia arrancando la hipócrita máscara del astuto criminal. Por esto es al perito en derecho á quien la sociedad encomienda la defensa de la honra y la fortuna, y de él espera la indicacion de castigos equitativos para el criminal ó eficaz apoyo para la inocencia oprimida.

Es la salud pública una de las atenciones preferentes para los gobernantes, por lo que en todos los países y en todos los tiempos los profesores de ciencias médicas han merecido y debieran aun merecer particulares distinciones, pues de aquella, como manantial de robustez, en gran parte dependen el aumento de la poblacion y el acrecentamiento de las fuerzas individuales que habilitan para los trabajos agrícolas é industriales. Los sacerdotes ejercian aquellas ciencias en remotos siglos, y revestidas de noble carácter salieron de los templos, habiendo contribuido mucho á difundirlas por España los judíos, raza

entonces maldecida y errante, que con carácter activo y cosmopolita, recogía en cada país y estudiaba en sus *yesibots* ó escuelas para distribuir á todas partes las riquezas científicas; y enseñando y medicando llegó á sobresalir en las corporaciones mas célebres y á tener poderosa influencia en los palacios de los reyes. La escuela de Cos, que tuvo á Hipócrates como padre de la medicina, la de Gnidia, los griegos que la ejercían en Roma y los árabes en España, observaron minuciosamente al enfermo y consideraron que á la adopción de los principios consignados en las tablas votivas era muy preferible la observación práctica. Así han nacido con los experimentos en las enfermerías la fama de los médicos españoles salidos hace siete siglos de las escuelas de Córdoba y Toledo, á las que acudían de todas las partes del mundo cuantos hombres, ávidos de saber, pretendían adquirir la instrucción que allí se prodigaba; y los Sumos Pontífices Julio y Paulo III, el rey de Francia Francisco I y otros soberanos enviaron embajadores á los monarcas españoles para que les proporcionasen médicos elegidos entre los muchos ilustres que les sobraban, hasta que sustituyeron con los sofismas y sutilezas especulativas la medicina de observación, cambio que fué tan fatal para los españoles como beneficioso para los extranjeros, que fundaron clínicas en Leyden, Edimburgo y Viena, y se han extendido en todas partes, evidenciando el valor que con ellas adquiere quien se dedica á conocer y combatir nuestras enfermedades.

Necesitaba el médico cumplir con el precepto en la entrada del templo de Delfos esculpido para el hombre de conocerse á sí mismo; que si para ver un esqueleto humano Galeno tuvo que ir á Alejandria, ya que los Romanos oponían los mayores obstáculos á la práctica de la anatomía, vencido por la necesidad el respeto que naturalmente inspira la presencia del cadáver humano, la frialdad de sus rígidos miembros y la hediondez de sus humores, penetra ya en su organización, y físicamente lo estudia en todos sus detalles para por su estructura conocerle animado, suponer en actividad todos sus resortes y deducir las funciones particulares de sus aparatos. Sabiendo las alteraciones que experimenta cada una de sus partes durante las enfermedades, procura evitarlas, curarlas ó paliarlas, mientras el farmacéutico se ocupa en el conocimiento de la historia natural y de la química, porque tiene la misión de elegir, descom-

poner y combinar los cuerpos de la naturaleza, á fin de procurar á la ciencia de la salud armas poderosas contra la enfermedad, y estudia y puede luego prever la acción mútua de unos con otros. Así los profesores de ciencias médicas, el médico, el farmacéutico y el cirujano, demuestran que es de absoluta necesidad adquirir sanos y puros en vez de alterados ó falsificados los alimentos, condimentos y bebidas; las ventajas del aseo para la salud y los perjuicios que al hombre ocasiona el vivir cerca de sustancias orgánicas en descomposición, que, viciando el aire, dan pábulo á las epidemias; y desde que al mundo venimos procuran reparar nuestro decaimiento físico y adquirir medios para arrancarnos de los brazos de la muerte.

Mucho tiempo despues de sostener Fourcroy «que la química trae su origen verdadero de la farmacia y debe sus primeros conocimientos exactos á la elaboración de los medicamentos»; muchos años despues de dar los boticarios españoles lecciones de química en sus colegios, y de establecerse posteriormente, en 1780, por el Gobierno la primera cátedra de química creada en Madrid para la enseñanza científica de los farmacéuticos; siglo y medio despues de lamentarse Rousseau, y posteriormente Cavanilles, de que la botánica, desde su nacimiento y hasta el pasado siglo, no se haya considerado mas que como una parte de la medicina, por lo cual casi solo carácter farmacéutico tuvieron los primeros jardines botánicos; mucho despues de refugiarse las ciencias físicas, químicas y naturales con sus auxiliares en los colegios de farmacia, durante la ocupación francesa desde 1808, en que desfallecían en nuestra nación todos los progresos científicos; cuando, y para ser breve, los farmacéuticos con sus descubrimientos y observaciones habían dado vida á la química, la física y la historia natural, que, por ser sobrado generales no tenían cabida en las enseñanzas de la facultad, se creó la de ciencias exactas, físicas y naturales, que por no ser ingrata, hoy auxilia con sus observaciones á la que le suministró gran parte de los datos que, ampliados posteriormente por ella, constituyen las ciencias ya citadas.

Poderoso auxiliar de estas son las matemáticas, de origen indio, que también las tenían bastante adelantadas los caldeos y los egipcios, y demostrando Pitágoras el teorema fundamental de la geometría, fundando Hyparco y Diofante la trigonometría y el álgebra, y hallando Arquímedes varias relaciones entre las áreas y volú-

menes del cilindro y la esfera, con muchos é importantes descubrimientos en mecánica, se perfeccionó luego el cálculo infinitesimal. Si hoy enseñan que las inaccesibles y nevadas crestas de los Alpes pueden servir de corona á la via con que se atraviesa su base para que silbe corriendo por ella la veloz locomotora, ó se surca la tierra para unir dos mares por un canal navegable, Babilonia y la torre de Belo, Ebactana y Persépolis, el lago Meris, las pirámides de Egipto, cuya altura midió Tales valiéndose de la proporcionalidad de los lados de los triángulos semejantes; el coloso de Rodas y otros varios muy antiguos monumentos, deben entusiasmar á cuantos se dedican á tan provechoso estudio.

(Se continuará.)

SECCION LITERARIA.

BIBLIOGRAFÍA.

LA GOTA DE AGUA

POR

ÁNGELA GRASSI.

Hé aquí, lector amigo, un libro que hoy presento á tu consideracion, y el cual ha podido arrojar su editor al azar de la publicidad, sin inquietarse por sostener su nombradía, tan seguro tiene el porvenir.—El voto unánime que por aclamacion obtuvo de los individuos que componian el jurado, para adjudicar el premio Rodriguez Cao, entre las demás composiciones presentadas al certámen, al avalorar con justicia su bondad, consagró su mérito indisputable.

La gota de agua es un episodio que se leerá siempre con placer por todos aquellos que al través de los engaños, delirios y tantas pérdidas dolorosas como ocasiona el camino de la vida, conserven en su corazon un resto de virtud afaible; por todos aquellos que aun en los instantes mas terribles de desencanto, en que la desesperacion hace sucumbir á la razon mas firme y segura, no hayan olvidado que la existencia es una lucha continua, un sufrimiento eterno, un perpétuo trabajo, en fin, que se nos ha impuesto por Dios para perfeccionarnos y purificarnos nosotros mismos.

Producto de esa escuela veneranda de amor y

de consuelo, exquisita elegancia y gracias delicadas del espíritu mas bello, hasta en sus detalles mas frivolos se ve el talento dulce y modesto, encantador y original de la mano que los trazára, revelando sus páginas mas intimas la ternura del alma de la autora reflejada en sus hermosos ojos sombreados de largas pestañas, húmedas de candor; azules como el cielo, pero como el cielo de Nápoles ó Sevilla, sonrisa de paz que alienta á los mas débiles, y en la que se revela siempre la verdad sin que la mas ligera burla llegue á contraer sus lábios. Diríase al ver la aparente facilidad con que están desarrolladas que las ideas han venido á fijarse naturalmente sobre el papel sin el menor esfuerzo de la imaginacion, sin levantar la cabeza una sola vez, sin que la pluma suspendiera su curso rápido, á fin de esperar que las palabras fuesen á ocupar su sitio, antes que desapareciera en el horizonte el rayo fugitivo de sol que las vió nacer y las cobijó en su seno.

Y sin embargo, *La gota de agua* es la historia de un carácter, la mas difícil de las historias. Todos tenemos dentro del corazon un drama interior, doméstico, un recuerdo solemne de cosas é impresiones; pero, ¿quién ha podido seguirlos en su flotante vuelo y sorprenderlos en su carrera antes que la noche los haya borrado con su ténue sombra? ¿Quién ha podido decir á qué límite indeciso entre el respeto y la adoracion, entre la confianza y el abandono, entre la pasion y la debilidad, entre la virtud y el amor, se han detenido las forzosas expansiones del pensamiento? ¿Cómo fijar las fechas felices ó tristes, los recuerdos de inquietud ó melancolia, los impulsos de reconocimiento y de esperanza, súplicas fervientes emanadas del corazon á Dios, todas esas notas, en una palabra, notas sensibles de una naturaleza que vive, ama, sufre, bendice, goza, invoca, adora, un alma entera? ¿Cómo detener las alegrías tan fugitivas y aladas que huyen de nosotros en giros veloces á las lágrimas que brotan de nuestros ojos, para volverlas á encontrar despues en toda la plenitud del sentimiento que las hiciera brotar de unas cuantas páginas, y poder decir: esto fué una felicidad para mí, aquello me arrancó un suspiro?

Pues bien: esos goces y esas penas, no por su valor del momento, que nos engaña, sino por el de la eternidad, que es el único que no nos engaña nunca; todas esas notas han sido trazadas y fijadas en caracteres indelebles por una mujer en las escasas páginas de un libro.—Verdad es

que esa mujer se llama: *Angela Grassi*, y el libro: *La Gota de agua*.

Bosquejemos el asunto:

José y Maria son dos pobres ciegos que al abrir el volumen nos salen al encuentro, y que empiezan el aprendizaje de la vida, aprendizaje que la autora nos hace seguir con una sobriedad de detalles, que, sin miedo de vernos desmentidos, podemos afirmar que pocos novelistas han sobrepujado. Apenas ha tenido tiempo el lector de familiarizarse con nuestros héroes, cuando José experimenta el dolor de verse separado de la que es su compañera de infortunio, quedando solo á merced de su destino, y mas expuesto que nunca al choque y á las asperezas de las circunstancias.

El sentimiento que este golpe produce en su alma lo conduce al hospital, en el que entra un niño y sale transformado en un hombre, amaestrado por la desgracia y el sufrimiento. El estudio que la autora traza y desarrolla de esta transformación es una verdadera obra maestra, llena de delicadezas y recamada de mil sabrosísimos detalles que suspenden el ánimo arrobándole, ya por las consideraciones con que lo acompaña, ya por la pureza de la frase, presentando un dibujo acabadísimo de educación del corazón humano.

Inútilmente el buen José, y por cuantos medios puede poner en práctica y aducir, trata de indagar el sitio que oculta á Maria. Esta lucha que le trabaja con incansable empeño tienen en el libro de que nos ocupamos una gracia y una sinceridad de sentimientos y afectos rarísimos, marcando de una manera acabada los signos fundamentales de este carácter.

Para distraerle y ayudarle á ganar el sustento de cada día, un amigo suyo, protector visible que la Providencia le depara, el buen Bernardo, le enseña á tocar la guitarra, y la música desenvuelve por completo su naturaleza delicada y exquisita, triste por instinto, sensible por inclinación. Pronto llega á ser un pobre músico ambulante, que asiste á las puertas de las iglesias á las horas en que los fieles acuden á rendir culto público al Dios de lo creado.

La casualidad hace que un día, abandonada la esperanza de encontrar á la que él cree perdida para siempre, mientras en su recuerdo de lo pasado, su mano temblorosa pasea por las cuerdas de su instrumento querido, que responde con quejumbrosas frases truncadas, melodías extrañas, sucesión de acordes dulces, vagos, incohe-

rentes, como las vacilaciones dolorosas de su espíritu, entre el sueño y el delirio, Maria le estrecha en sus brazos de nuevo.

Este dulcísimo encuentro reanima en José todas sus afecciones medio extinguidas. Es preciso que sea jefe de una familia, que sostenga á la amada de su corazón, á la desgraciada Maria, que ha abandonado la opulencia y el bienestar, para buscarle y compartir con él el pan amargo y mojado en lágrimas de la miseria y la limosna de las almas caritativas á Maria, verdadero tipo de la mujer de nuestro pueblo, llena de abnegación, sumisa y enamorada, modesta y tierna, con un fondo de exaltación mística, y que se olvida de sí misma para confundirse en otro ser como la cosa mas natural del mundo, y al que siempre no ha dejado de amar, primero como una niña, despues como un hermano, despues de otro modo; último sentimiento que la aurora de *La gota de agua* pinta con una discreción y reserva encantadoras.

Al fin se cumplen los deseos de ambos bendiciendo un sacerdote su unión.

Avaro el destino de su felicidad, los separa otra vez de nuevo para siempre. El ciego José muere con el anciano Bernardo de una manera imprevista, dejando sin amparo á Maria con un hijo pequeñuelo, ciego también, y enteco y contrahecho á mayor abundamiento. Esta desgracia arrastra en pos de sí fatalmente la muerte de la madre, que no puede vivir separada de su esposo, el amado de su corazón. La enferma ve aproximarse su fin. Únicamente al abandonar esta tierra ingrata, llora por su desgraciado Jesus, á quien nadie protegerá ya ni enjugará sus lágrimas.

Lástima grande es que nos falte espacio para transcribir aquí la muerte de la pobre ciega, preciso será que el lector la busque en el libro, pues hace muchísimo tiempo que no se ha escrito una escena tan tierna, conmovedora y apasionada. En estas cualidades estriba el talento de *Ángela Grassi*: belleza en los detalles grandísima, exquisita delicadeza con una vehemencia de impresiones igual á lo menos. Y sin embargo, no hay una palabra sola exagerada, á pesar de lo violento de la emoción. Diríase que entre las sensaciones extremadas, se ha impuesto la autora la tarea de anotar y justificar cada latido de la pasión. Esta admirable página de desconsuelo hace derramar lágrimas, y se necesita que pase mucho tiempo para borrarla de la memoria; pues está en ella de tal modo presen-

tada la vida á la claridad del dolor, y es tal su luz, que aparece á nuestros ojos no como una ficcion, sino como la realidad misma, tal es la verdad con que está delineada y bien comprendida.

En el fondo de esta inmensa desesperacion queda Jesus.

Desconsuélase, pero le parece que solo está ausente de su madre, reconcentrado por decirlo así en los recuerdos, en esas olas que le agitan y conmueven. Cuando se desvanecen todas las barreras de la distancia en su imaginacion, se siente trasportado como fuera de si mismo, á una inmensa altura, flotante en los espacios del sentimiento, bajo las tiernas y dulces caricias de Maria, que es una parte de su vida, que penetra en él por sus propios ojos. ¡Ay! ¿Quién no ha sentido, al contemplar la mirada de su madre, aunque solo sea en sueño ó en idea, bajar en su pensamiento alguna cosa que mitigue su turbacion é ilustre su serenidad? Le parecia á Jesus que la pobre ciega queria hablarle á él, misero desvalido, que escuchaba sus deseos y halagaba sus esperanzas, que allá en donde todos los seres que fueron desconocidos ó célebres, potentes ó harapientos, se hallan reunidos y congregados, no tenía mas que levantar su corazon y su valor para encontrarse á su lado. ¡Cuánto consuelo no experimentaba en esos momentos en que se imaginaba poder comunicarse con el alma de su alma!

El sentimiento del amor de dos seres que se comprenden, equivale á todas las dichas reunidas del mundo, ó mas bien, si hay una dicha, es esta. Y el niño que así duerme á sus caricias, llegará á ser un hombre: consuélate, pues, ¡oh! madre adorada, tu hijo será un hombre que arraigará en la tierra del buen Dios.

Fortalecido Jesus con esta proteccion invisible é incesante que no se engaña nunca, marcha al través de los abrojos de la vida, hasta conseguir la suma mayor de felicidad que al hombre le es dable hallar en el mundo. De hoy mas será dichoso.

Así termina *La gota de agua*.

Vicente Cuenca.

À LA LUNA.

Modesta y pálida luna,
astro de luciente plata

que tan triste se retrata
al morir en la laguna:
tú que fuistes cual ninguna
alivio de mi dolor,
escúchame por favor
lo que decirte quisiera
y responde á la primera
declaracion de mi amor.

¡Cuánto siempre te he adorado!
¡con qué sencillo cariño
cuando te hablaba de niño
por tu amor he suspirado!
Aun recuerdo, enamorado,
que al ver tu luz agitar
en las olas de la mar
que iban á morir en blondas,
quise dominar las ondas
para no verte temblar.

Ven como siempre callada
en esta noche serena
aquí, donde el aura suena
al perderse en la enramada;
y do el agua sosegada
vá quizás del valle en pos
sin más testigo que Dios,
que nos mira en esta calma,
solamente con el alma
nos hablaremos los dos.

Aquí en la bella natura
oyendo latir mi pecho
vendrá del agua en el lecho
á morir tu frente pura.
No temas que en mi ternura
intentaras en el placer
tu virginidad perder
besándote en la corriente
si solo al bajar mi frente
te llego ya á oscurecer.

¡Cuántas veces dulce estrella,
cuando me hallaba más triste
sola á mi lado viniste
para acallar mi querella;
y tan pura como bella
al ver tu luz adorar
pretendistes escapar
en tu juvenil desvío,
é ibas á huir por el rio
sin atreverte á marchar.

Cuando en la noche desierta
por mi quimera velabas
y en tu pasion penetrabas
por la ventana entreabierta;
si acaso mi vista incierta

mirando, triste, enredor,
gozaba el ténue fulgor
que mi cabeza ceñía,
como tu faz se teñía
por el matiz del rubor.

Ven hasta mí pasionaria
como la ilusion bendita
de quien encontró su cuita
en la noche solitaria.

Tú, que en mi suerte contraria
cuando un alivio busqué
tan solo á mi lado hallé
para templar mis dolores:
¿me negarás tus amores
si me volvistes la fé?

Y cuando roto el encanto
de la vida pasajera
descanse el alma dormida
el sueño del camposanto;
cuando la noche su manto
tienda de un bello capuz:
¿no es cierto que de tu luz,
como una pobre cautiva,
irá á morir fugitiva
una lágrima en mi cruz?

Nicolás Fort Roldán.

Habana, 1874.

EL PRIMER BESO DE AMOR.

Yo no sé lo que sentí,
lo que en mí pasó, no sé,
ni adónde me trasporté
ni el sitio en que te lo dí.

Sé que un placer recibí
cual no se encuentra mayor,
sé que huyó de mí el dolor
y me llené de alegría,
cuando te dí, vida mia,
El primer beso de amor.

Ví tu rostro enrojecido,
el pudor bajó tus ojos;
pero yo no encontré enojos
en tu color encendido.

Yo me sentí engrandecido
al ver el vivo rubor
que así encendió tu color
é hizo tus ojos bajar
cuando yo te llegué á dar
El primer beso de amor.

Si Dios un sitio en el cielo,
dulce bien, me concediera,
yo á tu lado prefiriera
quedarme aquí en este suelo,

Porque elevando mi vuelo
hacia el seno del Señor
no encontraré allí mayor
placer que el que he recibido
cuando he en mis labios sentido
tu *primer beso de amor.*

Ahora dime, mi bien,
lo que en tu pecho sentiste,
tú con el beso me diste
de ventura un dulce eden.

Dame otro, pues, y otros cien
y en ellos dí, por favor,
con ese vivo rubor
que me llena de alegría
qué efecto hizo en tí, alma mia,
mi *primer beso de amor.*

11 Octubre 1875.

Félix Escuté.

LA MAYOR PERFECCION.

¿Cuál es mayor perfeccion?
¿La hermosura ó discrecion?

Calderon.

I.

Hace algunos años, lectoras mías, me hallaba en un bello pueblo de Castilla el mismo día que se celebraba la feria mayor, y una amiga, por distraerme, me contó lo siguiente:

Ocho años antes se preparaban todos los vecinos para celebrar la feria; era una deliciosa mañana y un espléndido sol primaveral bañaba los campos y los valles, dando mas vida á aquella creciente animacion.

En la ventana de un antiguo palacio habia una jóven bella como el rocío de la aurora, melancólica y altanera.

Aquella inmensa muchedumbre se detenía á mirarla, y al alejarse decia:

—¡Qué hermosa es!

En efecto, su belleza era tan espléndida como majestuosa; tenia las facciones perfectas: chicos y blancos los dientes; sonrosados los labios; azules y espresivos los ojos y altiva la mirada; diminuta la mano y la cintura; el talle esbelto y flexible. Su nombre, Aurora.

Dirigió una desdeñosa mirada á cuanto la rodeaba y dijo con desden á una anciana señora que la acompañaba:

—¡Qué gente tan tonta! parecen salvages.

—Por qué hija mía?

—¿Por qué me preguntas? ¿eres ciega que no ves que todos se quedan mirándome con la boca abierta?

—¿Eso te disgusta? debía alegrarte ver que esos pobres campesinos se entusiasman al verte tan bella.

—¡Jesús, mamá, y qué poco favor me haces! ¿cómo crees que ha de agradarme llamar la atención de estos palurdos?

—No hables así; agradece á los hijos del pueblo el inocente entusiasmo con que te miran; á ellos no es la adulación ni la hipocresía la que les impulsa á celebrar tu hermosura.

—Poco me importa lo que ellos digan.

—Créeme, hija mía, si no procuras ser agradecida y discreta, vas á tener muchos disgustos. La hermosura desaparece pronto y solo sobrevive la belleza del alma; hoy solo inspiras admiración; mañana, cuando esa belleza no exista, ¿qué tendrás para hacerte amar?

—Por Dios, mamá, no me pronostiques un porvenir triste.

—Es él que queda á la mujer que no piensa en el alma, sino en la hermosura.

En este momento entró en la habitación otra joven, de regular belleza, de negros y rasgados ojos y un no sé qué de bondad que predisponía en su favor.

—Buenos días, mamá, dijo con dulzura.

—Buenos días, Elena, contestó la anciana con frialdad.

—¿Vas á estudiar el piano, Aurora?

—No tengo mucho deseo de hacerlo, porque no sirve para nada.

—Es un adorno que realza las gracias de una joven.

—No hay adorno como la hermosura.

—No hay hermosura, hermana, que aventaje á las virtudes del alma, á los encantos de la instrucción.

—¿Quieres que sea una literata, una simple como tú, que tienes la cabeza llena de máximas y sentencias?

—Nó; quiero que seas una joven instruida, que sepas distinguir lo bueno de lo malo; la instrucción es un medio de agradar, y no habrá quien diga que la hermosura aventaja al talento; la mujer hermosa sin instrucción es una bella estatua sin alma ni vida, y créeme, entre el talento y la hermosura debe existir un consorcio natural y duradero para que la inteligencia pueda enriquecerse y la hermosura realizarse.

—Todo esto me parecen bellas teorías que emplean las mujeres feas para desmerecer la belleza.

—No creas eso, hermana; lo que te digo es la verdad; la hermosura es un brillante que admira, es el imán que atrae, que domina los sentidos; la instrucción es una perla, una flor que guarda su perfume cuidadosamente, como guarda una joven las prime-

ras ilusiones de su corazón; una mujer instruida es bella sin belleza, porque la hermosea su amena conversación, su recto criterio.

—Vete, Elena, no quiero oír más tus sermones.

La noble joven se alejó, diciendo para sí con amargura: ¡Pobre Aurora! La adulación ha hecho en tí más daño que ninguna otra cosa; tu corazón está vacío de todo tierno sentimiento. ¿Qué te quedará el día que tu lindo rostro se aje por los años ó se marchite por las amarguras de la vida? ¿hacia quién volverás los ojos que no le oigas decir: «Esa señora no tiene corazón; de joven solo pensaba en su belleza, en arreglarse sus dorados rizos, sus elegantes vestidos.» ¡Pobre hermana mía, qué desgraciada serás!.. ..

II.

Aquel mismo día un joven montado en brioso potro cordobés se detenía al frente del antiguo palacio, y con vivísima emoción dijo:

—*Aquí está mi amada.*

Momentos después llamaba en la vetusta puerta, y un criado le conducía con muestras del mayor respeto y cariño, al salón donde le esperaban las señoras.

—Enrique... Primo, fueron las únicas palabras que se oyeron.

—Acabo de llegar, tía, y mi primer cuidado es venir á saludar á ustedes.

—Me alegro que no nos hayas olvidado, hijo mío: ¿no dices nada á tu prima?

—Aurora, dijo el joven con pasión, ¡qué bella estás!

—Como siempre, respondió la orgullosa con desprecio; ¿no tienes otra cosa que decirme que no sepa?

El joven al oír esta contestación quedó frío, cortado; pero procurando sonreírse, dijo:

—¿Y mi prima Elena? deseo conocerla.

—Aquí estoy, primo mío, ¿qué me dices?

—Que te encuentre muy hermosa por tu discreción y tu afabilidad.

—Gracias; cuéntenos lo que hayas visto desde Madrid aquí.

—Ví á Zaragoza con su alcázar episcopal, la esbelta torre de la Magdalena; admiré la belleza artística de la Seo, y en el Pilar doblé la rodilla ante la dulce imagen de la Madre de Dios. Lo que sentí en aquel templo magnífico y severo, no hay palabras bastante expresivas para explicarlo; recorrí con la imaginación la grandiosa historia de Zaragoza, desde que María se apareció á Santiago hasta la epopeya de la independencia patria. Escuso referir lo demás que mi tía y Aurora conocen.

—Ven, Enrique, interrumpió Aurora; tengo que hablarte.

Y ella y él se retiraron á un extremo del salón,

departiendo en voz baja. De pronto se oyeron estas palabras:

—¿No me amas, Aurora? ¿Por qué no me has desengañado antes?

—Nó, no te amo.

El rostro del jóven se cubrió de palidez, y dos lágrimas humedecieron sus párpados; pero todo se redujo á eso. Enrique procuró dominar las olas encrespadas de su corazón, diciéndose interiormente: «basta de sufrimiento,» y con tono grave añadió:

—Hubo un tiempo en que hubiera pagado con mi vida un instante pasado á tu lado; hoy me conformo con tu desprecio y espero, porque no creo que un alma noble como juzgo á la tuya sienta lo que dices.

Aurora sonrió irónicamente y el desdeñado amante se dirigió al jardín á calmar la agitación de su espíritu.

—¡Elena aquí! exclamó al ver á la otra jóven sentada sobre el musgo del jardín.

—¡Mi primo! dijo la niña levantándose; ¿qué le habrá pasado? está pálido y hay lágrimas en sus ojos.

—¿Qué tienes, Enrique?

—Nada.

—¿Estás disgustado con mi hermana? ¿no os amais?

—¡Ojalá no la hubiese amado nunca! respondió él vivamente.

Después se adelantó hácia su prima, y añadió:

—¿Qué haré para que me ame?

—Esperar y mostrarte cada día mas apasionado de ella.

—Eso procuro; pero todo es inútil.

—Espera con constancia.

—Hace tres años que estoy á merced de su genio veleidoso; un día parece que me ama y al siguiente me desprecia por otro, hasta que vuelve á mí.

Elena entonces no contestó, pero para distraer la imaginación de su primo, dijo:

—¿Te gusta este jardín?

—Es muy bonito.

—Aquí, primo mío, he pasado los risueños días de mi niñez, contemplando el pintoresco paisaje que se divisa desde aquí, admirando el azul del firmamento ó los rayos del sol cuando bañan este suelo tapizado de flores.

—Bien se conoce que este es tu retiro predilecto, por la armonía que se observa en todo.

—Es mi ocupación favorita, desde que tuve uso de razón. Mi madre apenas me conocía, ni posaba sobre mi frente un beso de amor maternal; sola con mi nodriza, distraía mi soledad entre las flores y el estudio. Aquí se oye el murmullo lento y suave del arroyo, el vientecillo de los sauces; se siente la poesía de la naturaleza; mi hermana, acostumbrada á vivir entre el fausto y el lujo, no conoce el encanto de la soledad, no comprende cómo soy tan feliz aquí.

Mientras Elena hablaba, el jóven parecía prestar una profunda atención á cada una de sus palabras.

—Triste es tu destino, prima mía; vivir sola y privada de las caricias maternas.

—Triste del todo nó; lo que nubla de vez en cuando el cielo de mi felicidad, es ver que mamá apenas se acuerda de mí. Sé que todos tenemos un deber que cumplir, y el mío es ser el consuelo del desvalido.

—En este pueblo te llaman el ángel del consuelo, dijo Enrique.

—¡Pobre gente! el cariño que me demuestran es el que me hace olvidar el olvido en que se me tiene; cuando voy á ver á un pobre le digo que todos tenemos algún deber que cumplir, y que ellos deben procurar cumplir con el suyo, atendiendo á las necesidades de su espíritu como á las de su familia, y dando buena educación á sus hijos.

A las jóvenes de mi edad, (y las hay muy lindas), las digo: que si con la belleza atraen todas las miradas con la modestia y la virtud atraerán también los corazones; á la que no tiene el rostro agraciado la muestro que la discreción puede compensar ese defecto.

—¿Con quién te casarías, con una mujer bella nada mas, ó con una discreta? preguntó en seguida á su primo.

—¿Te diré; para amante prefiero la mujer bella que fascina los sentidos; para esposa la discreta.

—¿Hallas todas esas cualidades en Aurora?

El jóven no supo qué contestar, aunque se dijo interiormente; «no; no tiene Aurora todas las cualidades que deseo para la que ha de ser mi esposa.

—Aurora no me ama—añadió en voz alta.

—¿Qué darías para obtener su amor?

—La vida.

—No des tanto, replicó su interlocutora sonriendo; espera, que el que espera todo lo alcanza, como decía Santa Teresa de Jesús.

En este momento se oyó la voz de Aurora que llamaba.

—Enrique, Enrique.

—Allá voy, respondió él, y saludando á Elena, se alejó.

Elena quedó sola, inmóvil como una estatua.

Sentía algo semejante al inmenso dolor que debe experimentar una madre al saber que su hijo la abandona.

Envuelta en un suspiro doloroso salió esta frase de sus labios:

—¡Cuánto la ama!

Luego escondió el rostro entre las manos y dos lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas.

(Se continuará.)

Gregoria Urbina y Miranda.

MADRIGAL.

(Traducción de E. Heine.)

Mucho te amaba y te amo todavía;
si cielo, tierra y mar mueren un día,
con la misma viveza é intenso ardor
del fondo de la nada brotaría
La llama de mi amor.

E. Power y Loredó.

Madrid, 1875.

SECCION ARTÍSTICA.

ESTUDIOS ARTÍSTICOS Y LITERARIOS.

VI.

Nociones adquiridas: entes de la razón.—Nociones innatas.—Ideal absoluto: ideales relativos.—El cuerpo humano.—Divisiones y funciones.—Equilibrio.—Fatalidad de las percepciones.—Máximas de referencia natural.

Si queremos fijar el estable dominio y la verdadera importancia de la idealidad, en el desarrollo de las concepciones artísticas, para evitar, de este modo, el exceso de lo ideal, y su tiranía sobre las necesarias percepciones; precisa determinar el sentido de la palabra *idea*, y explicar lo que entendemos por *ideal* é *idealidad*.

Idea, según su etimología, vale tanto como imagen; y esto, á primera vista, parece indicar la noción, formulada, en nuestro espíritu, por la percepción de los cuerpos y fenómenos exteriores. Pongamos un ejemplo: si, en mi espíritu, se presenta la idea de una flor, veo una imagen que, más ó menos, se asemeja á tal ó cual flor; y esta semejanza la motivan estos ó aquellos datos externos: con todo, si, por un momento, alcanzara yo poder de animación, fácilmente haría una flor, viva, con la esencia y cualidades genéricas; una flor distinta de las demás: pues, en mí, ha de haber una idea, superior á las varias ideas, suministradas por la experiencia de los sentidos.

Aún aquí, esta idea superior parecerá una consecuencia, mediata ó inmediata, de las percepciones externas: pongamos otro ejemplo, de un orden más elevado. Ya la idea *muerte*, ad-

quirida, como la anterior, por el conocimiento de fenómenos naturales, nos ha conducido á la idea *eternidad*: hé aquí roto el puente de los mundos! hemos saltado un abismo! porque ¿de dónde ha salido la noción de lo infinito en la duración, si no podemos ver más que lo durable finito? Por tanto, hay ideas, que yacen en el fondo de nuestra alma, innatas é independientes; ideas, que no sé si llame de recuerdo, ó de esperanza, ó de uno y otro á la vez.

Estas ideas, solitarias y oscuras, en apariencia, son, para el ejercicio de la inteligencia y de la imaginación, como astros mayores, y centros de varios sistemas y mundos intelectuales: á ellas referimos los movimientos de las causas exteriores ó íntimas; y, más allá de su luz, presentimos, ó adivinamos otra luz, foco de todas ellas, é irresistible, á la debilidad de los ojos de nuestras almas. A esta luz primera, que al espíritu, se irradia, en la trinidad misteriosa de verdad, de bondad, y de belleza, y que debemos considerar como una imagen, activa y absoluta, del único sér absoluto, daremos el nombre de ideal estético, cuando la examinemos, en su belleza sola, y partamos, de ella, para conocer, ó crear obras, de vária relación con respecto á este ideal.

Por idealidad entendemos la facultad de concebir el ideal absoluto, é informar obras artísticas, que, imperfecta y parcialmente, trasladan algunos de sus caracteres manifestativos; y también la propiedad de estos caracteres trasladados, en la expresión de cualquiera obra.

Mas el ideal absoluto no es perceptible, á nuestra inteligencia, sino de un modo confuso, y limitado por la materialidad de los fenómenos sensuales y de sus relaciones: no se presenta, sino en una de sus muchas facies; en aquella, que, con más similaridad, afecta nuestro objetivo: y por esto, hay diversidad en la noción genial, en las ideas causales de las manifestaciones: por esto, cada arte, en sus medios y fines, desarrolla una idea, ó parte de una idea: tal idea, que conviene á un arte, no conviene al otro; y, aún, diversos principios varían, accidentalmente, para las distintas artes: diferenciamos el bello ideal pictórico, el poético, el arquitectónico, el escultórico, el musical.

Todas estas divisiones significan, sólo, que hemos contemplado, una faz, ó relación del ideal absoluto, ésta ó aquella, según la naturaleza del objetivo; y que, á ella, referimos los datos y elementos necesarios á la concepción: de donde na-



BIENOTECAS
MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid